

cuaderno para limitar las riquezas y aterrizar nº 165



Jeffrey Epstein: ¿agente secreto de la historia o “casamentero universal”?

[Michel Eltchaninoff](#), publicado el 09 de febrero de 2026

«¿Se acuerda de *Zelig*? En esa falsa película de época, Woody Allen introduce a un modesto personaje en los lugares más improbables. Se lo ve al lado de Hitler, en compañía del papa, en círculos psicoanalíticos, en juegos de *base-ball* y en fiestas muy encopetadas. Este desconocido participa secretamente en los eventos históricos más importantes de su tiempo. Jeffrey Epstein es el Zelig de nuestra época. Vea Ud., hasta llegó a conocer bien a Woody Allen.

Pero Epstein es más poderoso que Zelig. ¿Acaso no estuvo metido también la crisis de las *subprimes* en 2008? Existen [documentos que señalan su posible rol](#) en el hundimiento de la banca Bear Stearns, primer acto de la catástrofe financiera. ¿Jugó un papel en la desbandada de la monarquía británica? Le ofrecía servicios sexuales al príncipe Andrew.

¿Ha participado en la financiación del *Rassemblement national*? [Steve Bannon contaba con él](#) para que socorriera a los partidos de derecha populista en Europa. ¿No sería una pieza central de la influencia de los servicios secretos rusos sobre Donald Trump? Léase [la investigación de la historiadora Françoise Thom](#) que

detalla las múltiples conexiones de Epstein & Rusia. ¿No terminaban los videos de los debates que se realizaban en su isla en las oficinas rusas para alimentar la más grande operación de *kompromat* de la historia? ¿Trabajaba también para el Mossad israelí? Lo que no le impedía discutir de gramática (de)generativa con Noam Chomsky, tutear las cabezas coronadas y los gigantes de la “*tech*”, hacerle a la filantropía, participar en coloquios y glosar sobre la gravitación universal o los límites de la matematización de lo real.

Lo real devorado por el mito

Con el *affaire* Epstein la realidad supera el complot. Lo real es devorado por el mito. Bajo los rasgos de una figura demoníaca, como lo dice muy bien [la canción de los Rolling Stones](#), él participa en todos los más atroces acontecimientos de su tiempo. Por lo demás, [cuando Steve Bannon le pregunte](#) si él era el mismo diablo, finge inocencia e interrumpe la entrevista.

Le corresponde a las investigaciones periodísticas y a la justicia poner las cosas en su sitio y disipar toda la ficción que ha ganado a los espíritus. Pues las revelaciones en torno a Epstein, que hacen rodar cabezas por todas partes en el mundo entero, nos podrían hacer creer que no hemos comprendido nada de la Historia. Esta no estaría guiada por la acción de los pueblos y de los grandes hombres. Tampoco sería el fruto de fuerzas sociales y económicas. No, ella sólo sería el juguete de maquinaciones que ligan maquinaciones de malversaciones financieras, corrupción de las élites de todos los campos y de todas las orillas, y violencia sexual sobre los más débiles. Lo que hasta el presente pasaba por ser un delirio de complotistas –un asesinato maquillado de suicidio, y ¡luego que vendrá!– toma un vigor inesperado. Pienso que todavía no medimos las consecuencias. Si bien el caso Epstein ha sacudido a Donald Trump, ha fortalecido al trumpismo. Si bien la publicación de los documentos es una victoria de la transparencia, ella arriesga con hacer pasar la democracia por un juego de tontos controlado por grupos de perversos. Y para los países del Sur o del Este, ella es el último clavo a hundir en el féretro del Occidente decadente.

El relacionamiento como motor del mundo

Pero este regreso inesperado de la teología a la historia oculta a mi manera de ver la cuestión principal, filosófica y sociológica. Marx llamaba al dinero “*la casamentera universal*” ([Manuscritos de 1844](#)), que permite convertir “*la necesidad en objeto*”, la persona en cosa, concluyendo en “*perversión y confusión*”

de todas las cualidades humanas y naturales”. Epstein radicaliza esta proposición pues él mismo se volvió el casamentero universal. Incrementó su fortuna y la de los otros poniendo en relaciones a esos hombres con sus víctimas, pero también entre ellos. Si la lista de las personas que conocía es así de vertiginosa, si incluye capitanes de industria, políticos, financieros, príncipes, intelectuales y artistas, es claramente porque los negocios mundializados reposan sobre esos relacionamiento. Epstein no es el eslabón que le faltaba a la historia contemporánea sino que fue el que mejor comprendió el principio de la casamentera como motor del mundo de hoy.

Christopher Lasch y la secesión de las élites

Volví entonces a *La Rebelión de las élites y la traición a la democracias* (1994) de Christopher Lasch¹. Al analizar la mutación social provocada por la mundialización, el sociólogo describe la secesión de *“los que controlan los flujos internacionales del dinero y de las informaciones, que presiden las fundaciones filantrópicas y las instituciones de enseñanza superior, los que generan los instrumentos de la producción cultural”* frente de la sub-humanidad de las clases populares y medias empobrecidas. Según él esta nueva élite no se define por la ideología –Epstein era tan parcerero de Trump como de Chomsky, de Jack Lang como de Bannon– sino por un modo de vida, móvil y liviana. Según él, *“las nuevas élites sociales no se sienten en casa si no están transitando, camino a una conferencia de alto nivel, a la inauguración de gala de un nuevo almacén de franquicia, a la apertura de un festival internacional de cine, o de una estación turística aun virgen”*. Este era el sueño despierto que vivía Epstein y que les prometía compartir a sus contactos: *“una experimentación incesante, que dure toda su vida”*, escribe también Lasch.

Éste último ve en esta emancipación de las élites un peligro para la democracia. El sentimiento de pertenecer a una clase hiperprivilegiada, solidaria y exonerada de toda obligación moral, crea necesariamente desequilibrios y crisis: revueltas, plutocracia, deseo de un orden autoritario. La conclusión de Lasch es simple: *“La dificultad de limitar la influencia de la riqueza sugiere que la riqueza misma exige ser limitada. Cuando el dinero habla, todo el mundo está condenado a escuchar. Por esta razón, una sociedad democrática no puede autorizar una acumulación ilimitada de capital.”* ¿Será que nos estamos dando cuenta demasiado tarde ya?.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, febrero 12 de 2026

¹ <Barcelona: Paidós, 1996. <https://archive.org/details/lasch-christopher.-la-rebelion-de-las-elites-y-la-traicion-a-la-democracia-ocr-1996/page/13/mode/2up?ui=embed&wrapper=false> >



La gran cuestión

¿A quién le pertenece la Tierra? Rousseau, Locke et Bruno Latour le responden a Billie Eilish♣♠

[Frédéric Manzini](#), publicado el 12 de febrero de 2026

Las recientes afirmaciones de la cantante Billie Eilish que denuncian las «tierras robadas» a los Amerindios no son solamente las de una *pop-star* militante. Vuelven a plantear una pregunta fundamental: ¿a quién le pertenece la Tierra? La «conquista» ¿no es un eufemismo para designar un crimen original? Análisis histórico-filosófico con **Rousseau, Locke & Bruno Latour**.

¿Se puede robar lo que no se posee?

Para que haya robo se requiere previamente que exista un propietario agraviado. Y es así como, por ejemplo, el debate sobre la conquista de las Américas se topa con una paradoja jurídica y lógica. Acusar a los colonizadores de haber «robado» la tierra a los Amerindios supone que ellos se consideraban como sus propietarios legales.

♣♠ < En los Grammy 2026, generó controversia al afirmar que "nadie es ilegal en tierras robadas", criticando la política migratoria y denunciando el robo histórico de tierras indígenas, recibiendo críticas por la ubicación de su propia mansión que se encuentra en tierras que fueron de los tongva. IA>

Ahora bien, numerosas investigaciones etno-históricas, especialmente las del historiador **William Cronon** en su libro *Changes in the Land* (1983; inédito en español), demuestran que la concepción europea de la propiedad de la tierra les era ajena; por ejemplo, para los pueblos algonquinos o iroqueses, la tierra no podía ser considerada como un bien que se pudiera poseer de manera exclusiva y permanente sino más bien como algo que es objeto de lo que nuestros juristas contemporáneos llaman el usufructo, es decir: un derecho de uso temporal (ligado a la caza, a la pesca o al cultivo). La tierra era un entorno viviente, un bien común cuyos frutos son de todo el mundo y de los que cada quien puede libremente disponer según las necesidades de la estación, sin que nadie pueda pretender «detentarla» o «poseerla» en el sentido jurídico del término.

Si seguimos esta lógica, la idea de un «robo» es un contrasentido manifiesto: no se puede robar lo que, en el espíritu de los que allí viven, no le pertenece a nadie, de la misma manera que en la actualidad no se le puede reprochar a su vecino de estar robando el aire que Ud. querría respirar pero que no es ni el suyo de Ud., ni el suyo de él.

Mas que como un robo propiamente dicho, el drama de la apropiación de las tierras americanas debería más bien ser pensado como un desacuerdo fundamental sobre dos maneras divergentes de vivir la relación con la Tierra: una en la que la Tierra es una participante, la otra en la que ella se vuelve una mercancía.

Rousseau o la farsa del piquete

Esta cuestión es la de la propiedad privada como modo de relación con el mundo. **Jean-Jacques Rousseau** la entendió bien: en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755), él señala precisamente aquel momento deletéreo de oscilación en el que la humanidad se creyó autorizada a apropiarse de lo que hasta entonces era considerado como un bien común:

« El primer hombre a quien, cercando un terreno, se lo ocurrió decir *esto es mío* y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: «¡Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!» .»

Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, comienzo de la segunda parte.

Para Rousseau, este gesto de apropiación es una incautación mas que un robo propiamente hablando, pero sus consecuencias no por ello fueron menos graves. La propiedad no es un derecho natural sino una impostura exitosa, un acto de fuerza que viene a romper una armonía primitiva para instaurar un derecho del más fuerte disfrazado de derecho civil. Al plantar sus estacas, el primer llamado «propietario ocupante» no solamente instauró la sociedad civil, sino que abrió la vía a las conquistas armadas posteriores, es decir a los actos por los cuales los colonos han transformado el mundo común en dominios reservados y otras propiedades privadas.

Locke y la explotación por el trabado como justificación de la conquista colonial

Si Rousseau llora la pérdida de lo común, John Locke, un siglo antes había echado las bases de lo que llegará a ser el motor de la expansión colonial y del derecho anglosajón. En su *Segundo Tratado del gobierno civil* (1690), Locke propone una teoría revolucionaria: es el trabajo el que fundamenta la propiedad. Según el, Dios le dio la tierra a los hombres en común, pero para que ella sea útil, el hombre debe «mezclarle» su trabajo. Si cultivo un campo o incluso si solamente cerco un potrero, le añado a la tierra algo que me pertenece propiamente (mi esfuerzo), y por extensión, la tierra se vuelve mía.

Es esta posición la que ha servido de justificación moral y jurídica a la colonización: los industriosos colonos consideraban las tierras amerindias como una *terra nullius* –una «tierra vacía», es decir todavía no reivindicada, al no estar cercada o explotada siguiendo los estándares agrícolas europeos.

Allá donde los aborígenes veían un bosque sagrado, Locke y sus herederos veían un «despilfarro» que el trabajo humano podía valorizar. Y es sobre esta concepción lockeana que el derecho de propiedad está sacralizado hasta hoy como la prolongación de la libertad individual, volviendo «legítima» la conquista desde que ella se compromete en una valorización económica. Indirectamente es a nombre de esta misma lógica que Donald Trump ambiciona también tomar posesión de Groenlandia, entendiéndose en su opinión que ni los nativos ni los daneses han hecho realmente uso de ella.

Aterrizar en la zona crítica con Bruno Latour

¿Pero acaso no pertenece esta divergencia entre Rousseau & Locke a un pasado ya ido? Ante la urgencia climática, el filósofo **Bruno Latour** nos invita a cambiar radicalmente de perspectiva. Para él, la cuestión ya no es ni siquiera a *quién* pertenece la Tierra, pues el concepto de Tierra es tan impreciso y obsoleto como la idea de un derecho del suelo; en realidad, habitamos más bien la «*zona crítica*», a saber esa delgada capa de apenas algunos kilómetros de espesor, entre las rocas profundas y la baja atmósfera, donde es posible la vida.

Ahora bien, la zona crítica no puede ser reducida a una simple superficie geométrica catastrada o a un objeto de especulación de la tierra; ella no es ni un suelo ni un territorio que se conquista, sino una membrana viviente, frágil y extremadamente compleja. Latour sostiene que la idea misma de «poseer» un territorio es una ilusión de la época moderna pues no somos propietarios sino meros «tenedores» entre otros «terrestres» que cohabitan con una multitud de no-humanos (bacterias, plantas, animales, suelos, ciclos climáticos...).

Ahora bien, en esta zona, la propiedad privada se vuelve una noción obsoleta, por no decir peligrosa. No se posee la zona crítica, se depende de ella. La conquista de un territorio no sería pues un robo, sino un error de categoría fatal: uno no puede robarse aquello de lo que sólo es el dependiente. Si Billie Eilish o los movimientos autóctonos exigen una devolución de la tierra, quizás ya no sea para volverse los nuevos propietarios en el sentido de Locke, sino para restaurar esa «cohabitación» que Latour invoca con todas sus ganas.

La Tierra no nos pertenece, no porque pertenezca a otros, sino porque fundamentalmente somos nosotros los que le pertenecemos a ella. Sin espíritu de conquista ni la humildad del arrepentimiento, la mejor cosa que podemos hacer hoy sería pues lo que Latour llama «*aterrizar*».

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, febrero 22 de 2026



États-Unis

Venezuela, Groenlandia: ¿está Trump llevando a cabo el proyecto geopolítico de “Technate”?

[Octave Larmagnac-Matheron](#), publicado el 07 de enero de 2026

En los años 1930, el movimiento «tecnocrático» defendía la expansión de los EE. UU., a la vez hacia el norte y hacia el sur. Pero contrariamente a la doctrina Monroe, no se trataba de englobar toda la América latina, sino solamente llegar hasta... Venezuela. ¿Se habrá inspirado Trump en ese movimiento? Analicemos.

¿Qué buscaba Donald Trump al capturar a Nicolas Maduro? Algunos días después de la operación estadounidense en Venezuela que ha dejado estupefacto al mundo, la pregunta está en todas las bocas. Las explicaciones abundan: lucha contra el narcotráfico (es la justificación oficial), control de los inmensos yacimientos petroleros del país (el propio Trump reconoce este objetivo), reafirmación de la potencia norteamericana en su «zona de influencia», reemplazo de un régimen hostil a los EE. UU. por otro más favorable a los intereses gringos, etc.

Una frasecita del presidente ha sembrado particularmente la duda: «Vamos a dirigir el país». Si bien es cierto no tenemos que tomar al pie de la letra todas las declaraciones atronadoras del inquilino de la Casa Blanca –que incluso se ha apresurado a amenazar con intervenciones militares en otros Estados de la región, Colombia, México y Cuba– hay que reconocer que se ha mostrado amenazador como nunca... incluidos los territorios europeos. «*Nos ocuparemos de Groenlandia en alrededor de dos meses [...]. Tenemos necesidad de Groenlandia desde el punto de vista de la seguridad nacional*», añadió.

La voluntad de tomar el control de esa región constitutiva del reino de Dinamarca no es una novedad. Desde el comienzo de su mandato Trump disponía la isla entre los objetivos de una política de anexión (con el canal de Panamá y el Canadá). ¿Hace parte Venezuela de este nuevo expansionismo? Más allá de los envites y de los intereses específicos propios de cada una de estas metas, ¿tendría Trump el propósito de reunir, en una entidad política, el conjunto de los territorios desde la región ártica hasta el norte de la América latina? Y aun cuando Trump no hable abiertamente, para Venezuela en todos caso, de anexión, sus declaraciones no por ello son menos perturbadoras.

En el origen del movimiento tecnocrático

No hace mucho tiempo algunos tuvieron en todo caso el proyecto de una gran América del Norte. Mírese no más [este mapa](#) de 1940 que acompañaba el artículo programático «America Now and Forever» del ingeniero **Howard Scott**: aquí se observa, reagrupadas en un «*technat nord-américain*», al conjunto de las regiones codiciadas por Trump, con algunas pequeñas diferencias. El hallazgo fue hecho, en marzo pasado, por Tristan Péloquin en su artículo «[Le rêve d'une technocratie](#)», aparecido en el medio canadiense *La Presse*.

No se crea que Howard Scott es un desconocido en el paisaje intelectual norteamericano. Es el fundador del «movimiento tecnocrático» que se formó en la entre-guerras a través de una serie de órganos sucesivos: la Technical Alliance de 1920, la Energy Survey of North America en 1932 y la Technocracy Inc. en 1933. El punto de partida de ese movimiento tecnocrático es la hostilidad contra los políticos supuestamente incompetentes a los que la democracia representativa les permite tomar el poder.

El objetivo de los tecnócratas es por el contrario crear una sociedad nueva dirigida por expertos técnicos (ingenieros, científicos, etc.), que son los únicos en asegurar eficazmente la prosperidad. El poder debe ser atribuido a los competentes. Las decisiones sociales no deben ser tomadas en razón de

posicionamiento ideológicos, de reacciones emocionales o, en los regímenes corruptos con el fin de servir intereses personales, sino a partir de criterios objetivos, medibles, cuantificables, científicos, según lógicas de eficacia y de optimización. Como lo resume [un folleto](#) de 1938:

«La tecnocracia es la ciencia de la ingeniería social, el funcionamiento científico de todo el mecanismo social destinado a producir y distribuir bienes y servicios a toda la población de este continente. Por primera vez en la historia de la humanidad, esto se logrará como un problema científico, técnico y de ingeniería. No habrá cabida para la política ni para los políticos, las finanzas ni los financieros, el crimen organizado ni los criminales.»

Un sistema económico racionalizado

Más allá de estas ideas comunes a todas las corrientes tecnocráticas, la visión desarrollada por Scott y sus seguidores se caracteriza por una serie de proposiciones mucho más singulares. Los tecnócratas estadounidenses rechazan el dinero: los salarios, las ganancias, los mercados y el sistema de precios determinado por la ley de la oferta y la demanda. El dinero distorsiona la economía, según estos autoproclamados tecnócratas: imposibilita la producción optimizada, ajustada a la capacidad real de los recursos naturales.

El problema, para los tecnócratas, no es la escasez, sino la mala organización socioeconómica. Según ellos, esto conduce al desperdicio de recursos y a la escasez. *«Ahora nos vemos sometidos a una escasez artificial impuesta para mantener un sistema de precios [...]. Solo abandonando los controles de precios, una fuente de interferencia, y sustituyéndolos por un método científico de producción y distribución, se puede lograr la abundancia»*. Es necesario repensar toda la economía sobre nuevas bases: la producción y el consumo deben ser medidos con un estándar real: en unidades de energía, la nueva base del intercambio. La producción debe planificarse mediante una estructura centralizada para garantizar la abundancia para todos, una reducción masiva de la jornada laboral y una mejora de las condiciones de vida.

El continente norte-americano ampliado

La otra faceta del proyecto tecnocrático es la constitución de una vasta entidad territorial: el *Technate of North America*. Como lo anota Scott, *«el mapa adjunto [...] delinea el territorio geográfico necesario para la adecuada defensa y*

funcionamiento de esta Zona Continental. [...] América debe poseer todos los territorios norteamericanos que se muestran en el mapa adjunto del Tecnato, para asegurar la defensa de este continente». El objetivo no es solo la defensa, sino también la autosuficiencia. El continentalismo de los tecnócratas es, en cierto sentido, aislacionista: la gran escala debería permitir una forma de autarquía.

En cuanto a sus fronteras, el folleto de 1938 parece dejar fuera gran parte de Suramérica. *«Technate abarcará todo el continente americano, desde Panamá hasta el Polo Norte, porque los recursos naturales y los límites naturales de esta región la convierten en una unidad geográfica independiente y autónoma».* Pero el mapa de Scott indica claramente, como frontera sur, no Panamá, sino a Venezuela y a Colombia. Dos países explícitamente amenazados por Trump. **Este interés por Venezuela & Colombia no es un azar,** para un movimiento que le concede tanta importancia a la energía.

Trump, Musk y el movimiento tecnócrata

Luego de haber alcanzado una cierta notoriedad en los años 1930 (con cerca de 250.000 partidarios), el movimiento tecnocrático se desinfló, sin llegar a desaparecer del todo. ¿Podría ser que este proyecto tecnocrático influya hoy en Donald Trump? *«Estas ideas parecen hacerle eco a algunas declaraciones recientes de la administración Trump en lo que concierne a la fusión de los EE. UU. y el Canadá»,* desliza el politólogo **Dafydd Townley** en el artículo [«A 1930s movement wanted to merge the US, Canada and Greenland. Here’s why it has modern resonances»](#), aparecido en 2025.

Sin embargo muchas cosas distinguen a Trump de los tecnócratas. A estos últimos les interesan mucho más los ingenieros que los hombres de negocios. Terminar con el dinero es algo que no está para nada en los planes del multimillonario jefe de los EE. UU. Si como los tecnócratas Trump desprecia la casta política, forzoso es reconocer que él también se ha vuelto un político. Peor aun: un político populista, que reina ante todo por los afectos, no por la razón, y se enriquece personalmente gracias a su ejercicio del poder. Igualmente el presidente poco respeta el trabajo de los científicos o de las élites universitarias. En suma, no es para nada evidente el matrimonio trumpismo y tecnocracia.

Por el contrario sí existe una figura contemporánea cercana de Trump que a menudo ha sido asociado al movimiento tecnocrático: Elon Musk. *«Las empresas de Musk, tales como el gigante de los vehículos eléctricos Tesla, su programa espacial SpaceX y la sociedad de neurotecnología Neuralink, le conceden prioridad a la innovación y a la automatización, lo que corresponde a la*

visión de los tecnócratas que consiste en optimizar la civilización humana por medios científicos y tecnológicos», escribe Dafydd Townley.

En su ensayo **«The Failed Ideas That Drive Elon Musk»**, la politóloga **Jill Lepore** se dice «sorprendida por la poca novedad que existe en las propuestas de M. Musk y por el número de sus ideas sobre la política, la gobernanza y la economía que se parecen a las defendidas por su abuelo **Joshua Haldeman**, cow-boy, quiropráctico, teórico del complot y aviador aficionado conocido con el nombre de *Flying Haldeman*». Era todo un «flamante líder del movimiento político conocido como tecnocracia». Jill Lepore precisa, citando un ejemplo muy elocuente: «Bajo el *Technate*, los humanos ya no tendrían nombres, sino números. Un tecnócrata se llamaba 1x1809x56. (M. Musk tiene un hijo llamado XÆ A-12.) M. Haldeman [...] se volvió el líder del movimiento en Canadá. Era el tecnócrata n° 10.450-1.»

«Neurocastas» y rechazo de la democracia

Allá donde los tecnócratas pensaban terminar con el dinero, Musk fundo su primera empresa (X.com, que luego se volverá Paypal) para «transformar la industria tradicional de la banca». Después, no ocultó su interés por las criptomonedas. Pero más grave aún, «los tecnócratas afirmaban que la democracia liberal había fracasado»; por su lado Musk no denuncia abiertamente la democracia sino que considera que los regímenes representativos se han vuelto burocracias asfixiantes que vampirizan la economía. Cuando estuvo a la cabeza del DOGE («departamento de la eficacia gubernamental»), su misión fue la de purgar la administración de todas las agencias consideradas inútiles.

También Jill Lepore cita un panfleto del movimiento tecnocrático, que afirma que el movimiento «no suscribe el principio fundamental del ideal democrático, a saber: que todos los hombres son creados libres e iguales». En este punto, Musk no rechaza abiertamente la igualdad como una ficción. Pero como numerosas otras figuras de la Silicon Valley, participa de lo que **Quinn Slobodian** describe, en su libro *Hayek's Bastards: The Neoliberal Roots of the Populist Right*, como un «nuevo fusionismo», es decir la conversión del libertarismo contemporáneo a la idea de jerarquías naturales de inteligencia, basadas sobre el cociente intelectual, que deben servir de base a la reestructuración de la sociedad en «neurocastas».

Entre los que se reivindican aún hoy de la tecnocracia, no es para nada evidente que se pueda asociar a Musk al movimiento. Por el contrario, en el transcurso del 2025, el equipo de moderación del *subreddit r/technocracy* incluso impuso, a guisa de regla, el reconocimiento de que Musk no es un tecnócrata. ¿Por qué motivo? Pues porque sus saberes ¡se los juzga limitados! Se lee que Musk «no

comprende cómo se han desarrollados los logicales». Y «no tiene doctorado en física». En un video, un internauta ligado al movimiento precisa: «Un tecnócrata no es alguien que controla la tecnología, sino alguien que ocupa un puesto de gobernanza en razón de su experticia. Y este no es el caso de Musk. Nunca inventó ninguna de las tecnologías que posee. Aunque se atribuya todo el mérito y la riqueza».

Dafydd Townley subraya que el proyecto económico de Musk lo aleja del movimiento tecnócrata: *«El enfoque de Musk en materia de comercio sigue estando firmemente anclado en el libre mercado. Sus empresas prosperan gracias a la competencia y a la iniciativa privada más que a una planificación centralizada y dirigida por expertos.»* Centrada sobre el emprendedor individual, su visión no tiene gran cosa que ver con la idea de una gobernanza técnica centralizada.

Hay que poner atención de no seguir hablando sin matices de un regreso del tecnocratismo. El peso cada vez más grande de los magnates de la «tecn» en la política norteamericana no significa el triunfo de la tecnocracia tal y como fue pensada por Scott en los años 1930. Aunque parece confirmarse una tendencia a que algunas ideas del movimiento tecnocrático conocen una revigorización. Las mutaciones tecnológicas recientes pueden sin embargo contribuir a su resurgencia – especialmente la inteligencia artificial, ofrece particularmente pistas inéditas a la idea de gobernanza centralizada por los datos, uno de los pilares de la ideología tecnócrata².

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, marzo 1º de 2026

² <Si se quiere participar en la construcción de una informática, y por tanto de una inteligencia artificial, en la dirección de un pensamiento filosófico exológico que haga de ellas una interfaz de las ciencias duras y de las blandas, al mismo tiempo que las sitúa en el plano de la intermediación entre el mundo de las cosas y las prácticas discursivas, se puede leer de Gérard Chazal, *el Espejo automático, una introducción a la filosofía de la informática & Interfaces* del mismo autor, traducidas por esta editorial. Así mismo de François Dagognet: *Escritura e iconografía, Memoria del porvenir, Caras, superficies e interfaces & la Piel descubierta*. n. del t.>